

ACTA DEL JURADO
IV CONCURSO DE POESÍA Y RELATO
EDUCANDO CONTRA LA VIOLENCIA

En Murcia, a 27 de febrero de 2019

Reunidos todos los miembros del Jurado:

- Doña Cristina García
- Doña Isabel Martínez Barquero
- Don Juan Pedro Barquero
- Don Fernando da Casa
- Don Juan Antonio Pellicer

Después de haber examinado todas las obras presentadas a concurso, hemos deliberado –por unanimidad- otorgar los siguientes premios en sus distintas modalidades:

1º-) Modalidad Relato Menores de 18 años

DESIERTOS ambos premios.

2º-) Modalidad Relato Mayores de 18 años

-FINALISTA: GLORIA ISABEL PEDRAZUELA FRÍAS, de Aguilafuente (Segovia), por «Un papel muy especial».

-GANADOR: JOSÉ QUESADA MORENO, de Sevilla, por «Acerico».

3º-) Modalidad Poesía Menores de 18 años

DESIERTOS ambos premios

4º-) Modalidad Poesía Mayores de 18 años

-FINALISTA: PAOLA IPPOLITO, de Buenos Aires (Argentina), por «El refugio».

-GANADOR: MANUEL LUQUE TAPIA, de Doña Mencía (Córdoba) por «Sobre el dolor».

Facilitamos una copia de esta acta a la organización de este concurso, para que puedan comunicar el fallo a los premiados con relativa antelación antes de la entrega de premios, prevista para el próximo mes de marzo de 2019.

Sin nada más que deliberar, firmamos los presentes en la fecha *ut supra*.

Modalidad Relato Mayores de 18 años

FINALISTA: GLORIA ISABEL PEDRAZUELA FRÍAS, de Aguilafuente (Segovia), por «Un papel muy especial».

15 de enero de 2019

Me despedí de la Dra. Ferrero con un fuerte apretón de manos. Después de tantos años, no sabía realmente qué decir. ¡La echaré de menos!

Cerré la puerta con la sensación de que cerraba una etapa de mi vida, difícil, pero a la vez abría otra esperanzadora. El recuerdo de la desaparición de la Señorita Lydia ya no me haría más daño; sería mi fuerza.

Bajé las escaleras despacio, recordando las lecciones de aquella maestra, cercana y cariñosa, que dejó huella en mí. ¡Tan inteligente, segura de sí misma, independiente, liberal!:

«El respeto es el timón que debe guiar vuestros actos. La vida es lo más valioso que tenemos, así que nunca consintáis un abuso emocional de nadie, ni por supuesto coacción, ni permitáis que lesionen vuestra autoestima; y confío en que ninguno de vosotros sea capaz de hacerlo jamás.»

Concluía:

«La diferencia entre un gran hombre y un hombre grande es abismal; lo mismo digo para las mujeres. Tomad nota de ello.»

Al llegar a la calle, la brisa helada sobre mi rostro me obligó a subirme los cuellos del abrigo. Respiré profundamente. Necesitaba reorganizar mi vida en la docencia. Ya estaba preparado para ello. Ella me ayudaría.

Viernes, 18 de noviembre de 1998

Aquel día me quedé, como siempre, el último, recogiendo mis libros y ordenando mi mesa. La Señorita Lydia, esperaba paciente que yo lo hiciera, aunque ese día me dio la sensación de que tenía más prisa de lo habitual.

—¡Hasta el lunes, Señorita!

Me miró con su mirada profunda, estaba cerrando “el armario de los secretos”, y con su dulce sonrisa respondió:

—¡Hasta el lunes, Lucas! ¡Feliz fin de semana!

—Igualmente —respondí yo.

Seguidamente escuché cómo cerraba la puerta y corriendo escaleras abajo, me adelantaba.

—¿Todavía aquí, Lucas? Cualquier día te quedas cerrado hasta el día siguiente.

No me dio tiempo a responderle. Ella había atravesado ya la puerta principal del colegio. Un papel de su carpeta cayó al suelo.

—¡Señorita! ¡Señorita! —grité yo.

Pero ella no me oyó. Me acerqué para recogerlo y salí corriendo detrás de ella.

—¡Señorita Lydia! Se le ha...

Ella se volvió al escuchar mi voz y, en ese segundo, un coche impactó contra su cuerpo haciéndola volar por los aires.

Me quedé petrificado, pegado al suelo. ¡El conductor era el novio de la Señorita Lydia!

Hoy, después de tantos años, por fin encontraba la fuerza suficiente para luchar contra aquello. Seguí caminando, seguro de mí mismo.

Por la mañana llegué a clase renovado.

—Hoy haremos algo diferente —propuse—. ¡Cambiaremos la historia!

—La historia no puede cambiarse —respondieron los alumnos.

—¿Vosotros creéis? —respondí yo—. Ahora lo veremos. Cambiaremos el sexo de los personajes importantes. Y comprobaremos cómo la historia cambia y que nuestro presente habría cambiado también si más mujeres hubieran recibido, por parte de todos, el lugar que merecían. Con ello, hoy no tendríamos que luchar contra la desigualdad, ni la erradicación de la violencia contra la mujer.

Busqué dentro de mi maletín, necesitaba asegurarme que el papel estaba allí.

SERVICIOS SOCIALES DEL AYUNTAMIENTO DE LUMINARIA
ATENCIÓN A VÍCTIMAS DE VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES

PACIENTE: Dña. Lydia González Sancho

CITA: Viernes, 18 de noviembre de 1998, 17:15 h.

Lucharé contra esta lacra social. Se lo prometo, Señorita Lydia.

Modalidad Relato Mayores de 18 años

GANADOR: JOSÉ QUESADA MORENO, de Sevilla, por «Acerico».

Mi vecina Amelia, que es aficionada a la lectura de temas esotéricos y de brujería, me contó esta tarde que, poco antes de que la cirrosis se llevara a su marido, le hizo un muñeco de vudú con un acerico y una foto.

Él nunca entendió que a ella le gustasen aquellos libros que hablaban de culturas milenarias, de ritos ancestrales y de costumbres bárbaras. En realidad no le gustaba que su mujer leyese ningún libro. La tarde que su marido hizo con ellos una pila en el patio y les prendió fuego y los vio consumirse hasta quedar reducidos a un montículo de ceniza, él debió pensar que todos arden igual. Aunque, si le hubiese dado el intelecto y la sensibilidad, hubiera podido ver que el humo de un libro de poesía es de distinto color al humo que deja una novela cuando arde, y que la espiral que pinta en el aire un poemario del Barroco se disipa mucho más tarde que el bucle que deja una novela policiaca.

Amelia, que asistió a la purga desde el porche, sí notó que cada libro dibujaba en el aire el aliento de su propia muerte, pues había disfrutado tanto con ellos y los había recorrido con tanto amor que sintió que, en vez de libros, se iba un ser querido, y los distinguió a cada uno incluso después de que sus humos se mezclaran.

Él había encontrado en la pasión lectora de Amelia un filón donde practicar el escarnio y una violencia profunda y despreciable, mucho más devastadora que aquellas palizas que le propinaba cuando llegaba borracho, que era todos los días. La pira en el patio sólo podía corresponderse con un deseo de hacer daño y no porque no le gustase aquel hábito de su esposa. Ya no lograba satisfacer sus ansias de dominio con infligirle

un daño físico, sino que sofisticó su crueldad —como si ese hombre rudo y cavernario pudiese ser sofisticado en algo— y sometió a su mujer a otro tipo de dolor. Un dolor más profundo y cruel, pues no hay remedio ni cirugía que sane las heridas del alma.

A ella se le ocurrió lo del vudú, me dijo, al día siguiente de la fogata y que, a punto de clavarle la primera aguja en mitad del sitio donde había calculado que debía estar el hígado, se arrepintió y arrojó el muñeco y las agujas a la basura. Cuando algunas semanas después la cirrosis se lo llevó al infierno entre terribles dolores, a ella le sacudió el resquemor de una leve culpa, como si el simple hecho de tramarlo hubiese sido el desencadenante de tan espantoso final.

Me contó también que para ver si seguía sintiendo por él algo parecido al cariño se fijó en el humo que expelía la chimenea del crematorio, mientras lo incineraban, y que se sorprendió impasible. Que no padeció aquella congoja que había sentido mientras se elevaba al cielo el humo de sus libros. Y yo me he quedado con las ganas de contarle que algo así —nada— sentí yo cuando quemé el acerico atravesado por la aguja de ganchillo a la altura de lo que yo había supuesto el hígado cirrótico de su marido, y un humo neutro, indoloro, se elevó hasta disiparse en el aire de mi patio.

Modalidad Poesía Mayores de 18 años

FINALISTA: PAOLA IPPOLITO, de Buenos Aires (Argentina), por «El refugio».

En nombre de las que no eligieron, asumimos el rol sobreviviente

Un quiebre sin coartadas, la honda procesión de los fantasmas.

El refugio de la memoria viva, un símbolo de lucha y de justicia.

Un ángel invisible, unas alas en vuelo que trascienden fronteras,

donde apoyar el alma, cansada de huellas a destiempo,

de cegueras infames y condenas absurdas.

La vida sin derechos es un dolor profundo,

que nos deja a la intemperie del sistema, despojados

Porque todas en algún punto somos mujeres rotas, de pie, reconstruidas,

con suturas de tiempo y un reclamo en la voz, exhaustas pero fuertes.

Este homenaje es un enjambre de letras sigilosas,

Es la piedad surgiendo de los escombros viscerales y del duelo

es resistir la indiferencia, rescatar del derrumbe las lágrimas que hablan.

Es el nombre de todas en cada una y en nuestro compromiso.

Nos tatuamos conciencia poniéndole palabras al silencio,

porque el amor no olvida..... porque el amor no mata

Modalidad Poesía Mayores de 18 años

GANADOR: MANUEL LUQUE TAPIA, de Doña Mencía (Córdoba) por «Sobre el dolor».

El dolor es otra cosa,
el dolor es diferente.

Si tuviera una lengua viva...

A veces la golpea
y huele a miedo
y huele a sangre
y huele a humillación,
a pánico,
y sé que duele.

Pero el dolor es otra cosa.

El dolor es mirar sin ver,
secar las lágrimas
igual que seca un plato,
secar la sangre
igual que orea el viento del sur,
esconder el cuerpo del presente,
contemplar desde el abismo
los sueños postergados,
morir cada día, a cada golpe,
como muere la tarde, inevitable,
y callar.

Eso es dolor para ella,
pero no dice nada.

Si tuviera una lengua viva...

Ayer cogió un cuchillo
recorrió su piel con el filo
dibujando los signos de los gritos
que no pronuncia,
los que no se atreve a gritar.

Mas no tuvo dolor alguno,
el dolor para ella es otra cosa,
el dolor es silencio.